



AL SEÑOR
D. CARLOS FELICES ANDUJAR
CUESTO.

En noche de invierno
ni clara, ni obscura,
la calle del Mico
rondaba un guasón,
envuelto en su manta
con grave postura,
su mano empuñando
terrible bastón.

Parado en la esquina
do había una escuela,
comiendo aceitunas
parece que está.

Con voz de silbante
cual de mujerzuela,
á todo el que pasa
pregunta, ¿Quién vá?

Después que tres veces
pateó furioso,
al punto una puerta
con pausa se abrió.

De voz femenina
oyóse un lamento...
—Un cántaro al suelo
sin duda cayó—

Luego que pasado
fué el tremendo susto,
la niña á su majo
con fuerza le habló.—

—Mi máma no quiere,
mi pápa tampoco,
yo soy... obediente,
no hay mas que decir...

¡Chato, no seas loco,
ni hagas más el coco...
márchate, demonio,
déjame dormir!

—¿Así mala jembra
te portas conmigo?
Así, á mis quereles
tal pago les das?

Si no te desdices...
no hablo mas contigo,
y de aquí á Pechina
los sordos me oirán.

Carlos Felices Andujar



—¿Qué es lo que tu dices?

No és hasta Pechina
donde habrán de oír,
séalo hasta el Congo,
Japón, ó la China...

¿Qué podrán decir...?
¡Que el Chato, por majo,
de pura vergüenza
se debió morir!

Muy poco me importa
que lances sentido
al aire tus quejas,
que, ficticias són.

Pues yó te aseguro
que si á mí te acercas,
te ganas, y cobras,
el gran bofetón.

De aquesta amenaza
no quedó corrido:
sentóse en el suelo,
se fumó un cigarro
y se quedó dormido.

Colorín, colorao,
amigo Dou Cários,
esto se ha acabao.

H. Nacarro de Vera.

